



El viejo volcán del Midi d'Ossau se asoma sobre los lagos de Ayous.

I

La cordillera apareció de frente y con sus fauces abiertas, como un monstruo antediluviano en agonía. Además, esa tormenta que le daba el fondo negro por el sur, desde el arranque mismo de las tierras españolas, no contribuía a disipar mis malos augurios... Ciertamente, vistos desde el estribo del vagón que acababa de depositarme en la estación de Pau, los Pirineos distaban mucho de parecer esas montañas de luz pregonadas desde las guías Baedeker.

Pero la lúgubre bienvenida de mi nuevo trabajo no había hecho sino insinuarse. Apenas desembarqué, fui a cruzarme en el andén con una carretilla que transportaba un ataúd de cinc: se trataba del cadáver de mi antecesor, un ingeniero-topógrafo despedazado por los osos bearnese. El látigo del escalofrío recorrió mi columna vertebral pues, aunque acabábamos de atravesar el ecuador del verano de 1921, el temor a las bestias no había desaparecido del todo en el corazón del hombre moderno.

Por añadidura, los mozos de la estación que cargaban el féretro, uniformados con unas guerreras añiles descoloridas, me recordaron esos espectáculos que, no hacía más de tres años, resultaban tan familiares en los campos de batalla de la Picardie: la retirada de la primera línea de los cuerpos de los camaradas caídos... Y, como indicaba el sudor en mi frente, las heridas del alma tardaban mucho más en sanar de lo que uno mismo imaginaba.

Con evidente turbación, salí del edificio donde reinaban los mastodontes de vapor contruidos por el ingenio humano, y me dirigí hacia unas oficinas anexas a las de los Ferrocarriles del Midi. Pocos viajeros parecieron reparar en mi atuendo vulgar y desaliñado, a despecho de mis casi dos metros de altura rematados por un rostro curtido que, por el decir de las féminas, antaño resultó agradable de contemplar... Ya nadie perdía el tiempo fijando su atención en quienes portaban americanas tan raídas y arrugadas como la mía, o botas de campo en lugar de unos bien lustrados zapatos de charol. Tantas prendas anticuadas y de tipo *sport*, me otorgaban sin duda cierto aire de coleccionista de lepidópteros despistado a punto de iniciar algún reconocimiento sobre el terreno.

Un nudo en el estómago me acompañó durante el trayecto, en tanto que miraba con aprensión cómo destacaba por el horizonte el perfil de un colmillo sobre el océano encrespado de montañas grises azuladas. Terrible presagio para quien debería penetrar hasta sus faldas con objeto de trazar los caminos que facilitarían una posterior explotación hidroeléctrica. Ahora tenía claro que había abandonado una acomodaticia vida de borrachín en casa de mi hermana en Biarritz, para meterme en la misma boca del lobo. En el sentido más literal de la expresión.

El señor Templier, el director de operaciones de mi empresa, la Sociedad Meridional de Grandes Obras, apenas perdió tiempo en explicarme el cometido que me aguardaba. El grueso expediente sobre las rutas férreas que había abierto en la Costa de Marfil y en el Alto Volta hasta el año 1912, me precedían. Así, parapetado tras sus pulcras gafas y el elegante corte de su traje, se limitó a entregarme un carpetón, después de una arenga cargada de antipatía. No hacía falta ser adivino para deducir que mis problemas con el alcohol también eran del dominio público. Ni que decir tiene, debería finalizar mi tarea antes de que las nieves cerraran las montañas... Naturalmente,

se trataba de la última oportunidad que se me concedía para borrar el bochorno de mi crisis nerviosa de la posguerra... Pero yo, por mi parte, casi ni recordaba los métodos que, durante sus años de esplendor, desarrolló ese *gran ingeniero* que fue Joseph Armand.

—El propio señor Paul, el director general, nos está observando con atención desde París; no lo olvide nunca, Armand —fue lo último que escuché de labios de Templier antes de salir de su despacho.

En el vestíbulo de las oficinas de los Ferrocarriles, esa concesión que necesitaba tan imperiosamente pasar del carbón a la electrificación de sus líneas, me esperaba mi compañero de trabajo. No; no se trataba de ningún delineante, ni siquiera de algún topógrafo que sustituyese al fallecido Rolland: por el contrario, era una especie de guardaespaldas que se ocuparía de que yo no corriera su misma suerte. Muy alto y enjuto, con un rostro franco quemado por el sol y los cabellos canos, vestido por completo con pana marrón desgastada... Sobre un banco desvencijado, reposaba el corpachón del mejor cazador de osos de todo el Béarn, quien se levantó ágilmente al verme.

—Señor ingeniero... —el hombre, que casi me sacaba la cabeza, tendió con simpatía una manaza encallecida y basta, sin dejar de sostener con la otra una vieja carabina de caza.

—Sí, sí; me llamo Armand. El director de operaciones ya me ha hablado de usted —le respondí, mientras estudiaba su curiosa chaqueta, con decoración de mil remiendos, y una enorme boina negra manchada por los sudores del monte.

—A su disposición, señor; soy su alimañero, Henri Saint-Pierre.

El franco apretón y aquellas rápidas frases constituyeron nuestra toma de contacto, pues el señor Templier no se dignó salir de su oficina forrada de caoba para realizar las presentaciones oportunas. Y como yo no tenía el menor interés por conocer las bellezas provincianas de la ciudad de Pau, tomé a mi

ayudante y le insté a seguirme hasta ese Peugeot con el volante a la derecha que la Sociedad había tenido en gracia proporcionarme. Esperaba que el largo camino que se cernía por el horizonte, hasta alcanzar el núcleo mismo de la cadena pirenaica, favorecería nuestra conversación...

Sin embargo, ese peculiar Saint-Pierre, a quien le calculé más o menos mis años, unos cuarenta, apenas abrió la boca durante los dos tercios iniciales del trayecto hasta el pueblo de Laruns, nuestra base logística de operaciones. En el asiento de atrás, viajaba conmigo un cartapacio con los informes que los amanuenses de la empresa me habían provisto para que pudiese reanudar la misión del desventurado Rolland. Tiempo tendría para estudiarlos; ahora, parecía preferible conocer la versión del suceso desde la perspectiva bearnesa..., que indudablemente sería mucho más colorista. Presintiendo que el acoso con preguntas de bien poco me iba a servir, dejé al bronceado alimañero que se acomodase por un tiempo en su mutismo.

Para mi fortuna, la tempestad que había contemplado desde Pau, ya se disolvía con las luces del ocaso. Así, al llegar al pueblecito de Louvie-Juzon, de nuevo se perfiló ante nosotros, de un modo dramático, la silueta de la montaña más célebre de la región. Surgiendo entre las nieblas etéreas, no parecía pertenecer a este mundo. Visto más de cerca, ese canino de dos puntas cortaba el aliento... Al menos, su irrupción terminaría por romper el silencio de mi acompañante, quien, con cierta reverencia indisimulada, me señaló hacia el sur:

—Ah, señor ingeniero, ahí tiene usted: el terrible pico del Midi d'Ossau...

—Certo, Saint-Pierre; ya lo había reconocido desde la estación —le respondí con indolencia fingida, para luego proseguir—. La verdad: no me importaría nada subirlo algún día, si es que las obras nos dejan un poco de tiempo...

Al parecer, que todo un *señor ingeniero parisino* tuviera noticia del coloso local, debió de causar al hombre buena

impresión. Máxime cuando pasé a informarle de mis coqueteos con el deporte del alpinismo anteriores a la Gran Guerra, en el macizo del Mont Blanc o en el Cervino. Y, dado que él parecía conocer bien a ese Midi d'Ossau que se exhibía como un reto justo enfrente, no le oculté mi interés por que me ayudase a visitar su cima, si es que quería aceptar mi compañía..., y pagando por sus servicios como guía. Aunque el alimañero pareció titubear frente a mi propuesta, al menos su asentimiento selló entre nosotros cierto pacto de entendimiento, con la montaña osalesa como testigo de piedra.

Fue una lástima no haber reparado antes en esta brecha por la que abordar a Saint-Pierre, puesto que ya casi estábamos entrando en la villa de Laruns. Discurría la tarde del 15 de agosto y el villorrio se hallaba en fiestas, tal y como atestiguaban los grupos de gente con trajes típicos que pululaban por sus callejuelas, donde no cabía ni un alma más. Ante nosotros, se dispersaban oleadas de boinas o de caperuzas rojas, casi siempre enmarcando rostros muy duros, como tallados en granito. Entre coros improvisados de canciones montañosas, conduje nuestro coche hasta el garaje que el cazador de osos me indicó, con el motor a punto de fundirse por el sobreesfuerzo al que le sometimos durante el viaje. La noche ya había caído sobre la cordillera, trocando sus resaltes en monstruos informes de carbón, alineados al final de la llanura como para una revista. Afortunadamente, la mole más inquietante de todas ellas, el referido pico del Midi, no era visible desde este punto del valle. Por ese lado, no tendría que padecer nuevas pesadillas...

Bien poco aportó la cena en el abarrotado albergue de la plaza mayor del pueblo. Casi al finalizar el potaje de col y legumbres, Saint-Pierre me confesó que él no era francés, sino de una villa que se alzaba justo al otro lado de la muga llamada Sallent. Podía haberse ahorrado tal confianza hecha al amor del vino *rancio*, pues su estilo gutural de pronunciación, así como ciertos fallos en las conjugaciones verbales, ya habían puesto el

pequeño secreto al descubierto. Por no hablar de sus ojos, de color castaño oscuro y demasiado meridionales... Como tantos otros, había cruzado de niño la frontera para huir de la miseria que acechaba, en las viejas montañas aragonesas.

De cualquier forma, tras este entreacto, el achispado cazador pasó a referirme que, como buen cristiano, él no creía en las mismas supersticiones que los nativos del valle de Ossau: seres malignos que surgían de los lagos en las noches de luna llena, mordiscos que entregaban el alma al diablo... Se santiaguó con gesto vivo y, sin que fuese necesaria insistencia alguna, me abrió el arcón de sus pensamientos de par en par:

—Sin duda, señor Armand, el ingeniero Rolland que en gloria esté, fue atacado por un oso furioso, y no por esa bestia del infierno de la que hablan los habitantes de Laruns: el sanguinario *Loup-Garou* de Artouste que...

Tan intrigante confesión quedó interrumpida de forma abrupta, pues la joven que nos traía un plato con queso de cabra, profirió un chillido y dejó caer al suelo nuestra cena, nada más escuchar aquella palabra del dialecto bearnés. Al parecer, era tabú. El comedor quedó de repente en silencio, y todos los parroquianos nos obsequiaron con una selección de miradas hostiles de inaudita intensidad. En ese preciso momento, comprendí que no me enfrentaba tan sólo a un simple retraso en un camino de explotación para las obras del sistema de presas de los Ferrocarriles del Midi, sino a fuerzas mucho más poderosas, que acaso sobrepasasen a las de los insignificantes mortales.

La mañana, que se inició limpia y sosegada, pareció querer borrar todos mis temores. En cuanto las rendijas de la contraventana se iluminaron, me levanté con alivio de la cama, bañando generosamente en sudor. Como de costumbre, apenas había logrado conciliar el sueño... Durante la noche, no dejé de escuchar el rugido descompasado del motor de mi tanqueta FT-

1917, el crepitar de su ametralladora Hotchkiss, el chasquido perverso de las esquirlas alrededor del blindado... y, por encima de todo, los gritos de miedo de los heridos. Curiosamente, en esta ocasión también creí oír en la lejanía los chillidos más agudos de una chica joven.

Al menos, este último misterio se resolvería con el alba: durante el desayuno, de nuevo basado en la apabullante diversidad de los quesos *mezclados* osaleses, la criada mostró unos moratones en el rostro que delataban que su patrón le había hecho pagar en su carne el plato roto de la víspera. Para evitarle mayores disgustos, añadí una suma que compensara por los desperfectos al dueño del albergue, lo que me garantizó una mirada de agradecimiento por parte de Saint-Pierre. Todas aquellas casonas pirenaicas debían de ocultar quién sabe cuántos dramas domésticos. Y la miseria siempre terminaba cebándose en los más débiles: las mujeres, casi indefectiblemente.

En Laruns se hallaba el parque de material de la Sociedad Meridional de Grandes Obras. Ocupaban una buena porción de la llanura, a los pies del otro gigante en roca, el llamado pico de Ger. La enorme extensión de estos almacenes no tenía nada de singular, pues el proyecto que me había traído hasta aquellas comarcas, tan escasamente tocadas por la mano del hombre, estaba a punto de cambiar por completo su faz. El propio Raoul Paul, director general de los Ferrocarriles del Midi, había trazado sus líneas maestras en 1910: con el fin de obtener la energía de la *hulla blanca*, se pensaba construir una serie de embalses y de centrales en cadena a lo largo del alto valle de Ossau. En mi informe preliminar, llevaba apuntado en rojo las ubicaciones de las *fábricas eléctricas* de Laruns, Miégebat, Artouste y Pont de Camps. A cambio de la vaga promesa de unos tranvías que conectarán sus balnearios de Eaux-Bonnes y Eaux-Chaudes, los bearneses parecían haber vendido al progreso la pureza de su paisaje. Así, no era tan absurdo creer que las fuerzas de la naturaleza se rebelarían contra semejantes pla-

nes, ya fuese adoptando la forma de un *Loup-Garou* o de cualquier otra fiera del averno.

Durante mi rápida visita al jefe del parque, un agradable y desgarbado cincuentón lionés llamado Tanguy, apareció el responsable del puesto de la gendarmería. El gigantesco recién llegado se presentó con gesto pomposo como el capitán Jacques Dubois. Lucía un intimidador bigote ceniza, del mismo color que el escaso cabello que había respetado un drástico *corte al uno*. Nada más darme su mano, que apretó del modo jactancioso de los piratas de la Bretagne, me preguntó sobre la unidad donde serví durante la última contienda. Yo ya estaba más que acostumbrado a responder maquinalmente a estos interrogatorios que tanto me hastiaban:

—Pues..., en el año 1918, estuve destinado como comandante en una sección de carros ligeros Renault, en las cercanías del bosque de Retz, apoyando a las seis divisiones de infantería del general Mangin...

—Ah, oficial en la nueva *artillería de asalto*, ¡bravo! —me cortó el gendarme de ojos tristes—. Y, además, veo que usted ha podido regresar con bien... En cambio, mis dos hijos varones perdieron la vida en una acción naval: ambos servían en el acorazado *Bouvet*, hundido por una mina en la entrada de los Dardanelos, durante la gloriosa jornada del 18 de marzo de 1915.

—Seguro que murieron como unos héroes, capitán —repuse con celeridad la frase al uso en casos similares, sorprendido por su aire de infinita amargura.

De cualquier manera, mi calidad de ex combatiente pareció granjearme la simpatía de Dubois: tras apartarme sin la menor diplomacia del jefe Tanguy y de Saint-Pierre, el hombre me susurró al oído que desconfiase... Al parecer, los «buenos franceses» se hallaban en clara minoría en el Alto Ossau. Y, como bien pronto descubriría yo mismo, casi todos los obreros que trabajaban para la Sociedad eran unos extranjeros a los que el capitán tildó de «ralea de la peor calaña». Mientras me clavaba

su mirada, tan fría como las olas del Atlántico rompiendo contra la costa, me aconsejó:

—Sobre todo, mi querido Armand, jamás le dé la espalda a su capataz, un tipo de origen español llamado Abadía, de pasado muy turbio...

Con rapidez, me puse al tanto de las funciones de la base de abastecimiento de Laruns, ansioso por llegar a mi destino final: la aldea perdida de Gabas, en el sector del embalse proyectado para Artouste. Después, llamé a mi guardaespaldas personal y arranqué el Peugeot de volante cambiado, medio deseando, medio temiendo, enfrentarme a ese creciente listado de enemigos que, al parecer, me acechaban un poco más adelante: legiones furibundas de osos y de *Loup-Garou*, inmigrantes sediciosos y ese encargado de obras cuyo nombre era Abadía.

Aproveché las primeras rampas que defendían el congreso de Le Hourat y la disminución en la velocidad de nuestro vehículo, para interrogar a Saint-Pierre sobre la nueva amenaza. Por una vez, pareció que el cazador palidecía. Balbuceando, se limitó a explicarme que el tal Abadía era aragonés como él, y que si se evitaba provocarle, no resultaba peligroso. En este último asunto, cerró la conversación añadiendo que una de las muertes que se le imputaba, la del anterior capataz Bartoli, había sido en defensa propia... Y que, en recuerdo de dicho *lance de honor*, nuestro buen Abadía quedó cojo: cortesía de un disparo de su oponente. Por lo que iba descubriendo, mi trabajo en los Pirineos se mostraría a la altura de los que había llevado a cabo en África, rodeado de las tribus hostiles de los mandé y los senufos.

En el camino que se dirigía hacia el sur, buscando la frontera española del Portalet, la actividad de carros de tiro animal y de tractores Holt de la Sociedad era febril. Aquí y allí se consolidaba el trazado de la vieja carretera, en tanto que los transportes pesados obstruían con frecuencia la calzada. Algu-

nos obreros estaban tendiendo una línea telefónica de forma rudimentaria, casi al estilo militar. Apenas logré reparar en las bellas casas de ese balneario de Eaux-Chaudes que atravesamos al mediodía, envueltas en una permanente nube ocre de polvo. Debido a todos estos obstáculos, la aproximación hasta mi base de operaciones en Gabas nos reclamaría del resto de la jornada.

Cada vez más intrigado por la naturaleza de la tarea que me habían encomendado, requerí a Saint-Pierre que me aclarase cómo le sorprendió la muerte al ingeniero-topógrafo Rolland en el lago de Artouste, hacía tan sólo unos días. En tanto que agarraba con firmeza su carabina Mannlicher-Carcano, el alimañero me resumió que mi antecesor pudo ser atacado por alguna osa que criaba o por un animal que quizás ya había probado el sabor jugoso de la carne de oveja de los prados de Arrious.

—Verá, señor Armand: la mayor parte de los osos del Pirineo son vegetarianos, pero en cuanto aprenden a rondar las majadas donde duerme el ganado, entonces se vuelven agresivos. *Martin*, que es como aquí se le llama a esa bestia, sabe ser oportunista —Saint-Pierre detuvo su análisis unos segundos para mirarme con decisión y dar fuerza a su corolario—. Habría que matarlos sin dejar ni uno vivo, por el bien de todos.

Sin embargo, basándome en mis experiencias cinegéticas previas y por lo poco que había estudiado de mi documentación en Laruns, me resultaba extraño el lugar del asalto para un oso pardo bearnés: en un terreno de alta montaña y al descubierto, junto al sumidero del lago de Artouste. Justamente, un paraje que tenía los meses contados, pues toda aquella cuenca iba a embalsarse, en cuanto se construyera la gran presa. Ante mis dudas, el español se encogió de hombros.

—Señor ingeniero, no se inquiete usted, que ya me ocuparé yo de liquidar a todos los osos del Gave d'Ossau. Déjeme a mí a *Martin* y preocúpese tan sólo por terminar el camino antes del invierno, que este año vendrá adelantado...

La réplica que estaba preparando nunca salió de mi garganta, pues de repente apareció Gabas tras un cambio de rasanten en curva. El diminuto poblado se hallaba disperso sobre unos prados inclinados, a partir de los cuales el valle se cerraba todavía más, bifurcándose en dos ramales: el del Brousset al este, y el de Bious al sudoeste. Entre los montones de material apilado y los barracones, apenas se distinguían media docena de casas de piedra, diez bordas y una capillita. No obstante, la vista permanecía poco tiempo posada sobre ese Oratorio recolecto que abría la aldea desde septentrión: por encima del conjunto, se alzaba como un cuerno maligno el pico del Midi d'Ossau, omnipresente centinela de aquella comarca. Al salir del bosque de Biscou, se había materializado justo por la derecha, a la vez que las casitas a las que parecía amenazar. Sobrecogía el ánimo por completo; ahora sí que daba miedo. Bajo aquella severa presencia tutelar, debería retomar mis labores de ingeniería.

Siguiendo la indicación de Saint-Pierre, detuve el Peugeot, con el radiador a punto de reventar, ante la mayor casana del conjunto. Se trataba de un antiguo hospital de peregrinos que antaño sirvió para conectar esta variante del Camino de Santiago con el Albergue de Santa Cristina, en Candanchú. Para mi sorpresa, ante su portal tallado en piedra me esperaba un pequeño comité de recepción: en aquel perdido rincón del mundo, el *señor ingeniero* debía de ser una especie de personaje... a despecho del aspecto abatido y descuidado que pudiera mostrar. Pero no menos interesantes parecían las dos personas que, apenas bajé del automóvil, se quitaron sus grandes boinas a modo de saludo. Casi a la vez, mi cazador desapareció, aquejado por una tan misteriosa como repentina prisa, no sin antes señalarles con la cabeza y murmurar:

—El capataz Abadía... El *padre* Poc...

En cuanto al resto, era evidente que tendría que averiguarlo por mi cuenta. Y mientras el silencioso encargado de obras se

ocupaba de descargar mi equipaje, quien resultó ser el dueño de aquella mansión se puso, al igual que todas sus posesiones, «a mi entero servicio». Se trataba de Jean Poc, un viejecillo jovial y de edad indeterminada, al parecer tullido, pues no se levantó de esa desvencijada silla de ruedas desde la que me había recibido. El hombre, propietario de un rostro coloradote al que coronaba una mata de pelo blanca, parecía manejarse muy bien a pesar de su invalidez, y me hizo pasar hasta la estancia principal sin atender mi interés por conocer al tal Abadía, ese calvo robusto y cincuentón que apilaba mis maletas con escaso cuidado.

Casi a empellones, penetré en un salón sobriamente decorado, donde me aguardaba una hermosísima criatura vestida de negro por entero, color perfectamente a juego con unos cabellos y ojos oscuros. La chica, algo baja de estatura y en apariencia muy joven, tras mi saludo sirvió unos vasos de aguardiente y salió sin el menor atisbo de cordialidad. Fascinado, dejé que mi vista siguiera ese cuerpo apuesto que se retiraba tras una cortina, justo para cruzarse con el contraste del de Abadía, el español de grandes bigotes caídos y cojera ostentosa. Parco en modales, se apropió de uno de los tres vasos dispuestos por la muchacha para bebérselo de un trago, en tanto que proclamaba con vozarrón malévolos:

—Ésa es mi hija María Cristina, que sirve en la casa. Para todo lo que disponga el señor ingeniero –sin prestarme más atención ni pedir permiso, pasó a encenderse un pestilente cigarrillo *perreiro*, que enseguida dejó su rastro de humareda.

Al escuchar su comentario, estuve a punto de atragantarme con la bebida que apuraba, lo que me hizo toser azorado. Ciertamente, no era empezar con buen pie el dedicarle una mirada lúbrica a la niña de mi capataz. Y tampoco resultaba muy buena idea la de romper esa promesa que le hiciera en Biarritz a mi hermana Claire de llevar una vida abstemia durante aquella misión, sólo por aceptar la hospitalidad bearnesa y su peligrósimo aguardiente de frutos del bosque.

Deseando retomar las riendas de la situación, farfullé hacia Abadía algo referente a cómo marchaban los trabajos. Con infinito cansancio en la mirada, el encargado dio una larga calada antes de informarme de que allí no tenía gran cosa de qué preocuparme, por lo que dispondría de mucho tiempo libre para mis aficiones, «cualesquiera que éstas fuesen»:

—El señor Rolland ha tenido a bien irse al otro mundo con la senda de explotación ya piquetada, patrón –aclaró con cierto retintín y ojos opacos.

En su opinión, yo tan sólo debería molestarme en seguir los planos que mi antecesor dejara en la oficina..., y en apretarles las clavijas a los casi quinientos «vagos redomados» que allí trabajaban. Al parecer, la muerte del ingeniero-topógrafo había originado que uno de los pocos franceses que se ganaban el jornal de la Sociedad, un tal Delecour, de Toulouse, comenzase a agitar al resto de los obreros con su lista de reivindicaciones descabelladas: reducción de la jornada laboral de diez a ocho horas, aumento del salario de dos a tres francos por hora, asistencia médica gratuita, retiro de vejez, ie incluso vacaciones remuneradas! Pero, por el decir de mi torvo y achaparrado capataz, ya se ocuparía él de ese petimetre de las *Tierras Bajas* y de sus estúpidas ideas bolcheviques...

Me aprestaba a intervenir en la conversación, prohibiendo taxativamente a Abadía el uso de la violencia, cuando terció desde la chimenea el señor de la casona, preguntando con viveza inusitada para un anciano de aspecto tan frágil:

—¿Y qué pasa con el *Loup-Garou*, Abadía?

El breve comentario pareció sacar de quicio al español, que respondió con voz de trueno y mirada de fuego:

—Esas tonterías son propias de gitanos y de herejes. Además –sentenció con un punto de ironía, antes de despedirse hasta la mañana siguiente–, para ese tipo de problemas, el señor ingeniero ya cuenta con la protección de San Pedro..., ¿no? Sí, sí; con ése inútil y con su vieja escopeta de feria.

Ciertamente, no creo que Abadía se refiriese al santo que guardaba las puertas del cielo. Y tampoco era preciso poseer dotes como profeta para percatarse de que aquel tajo de la Sociedad estaba a punto de saltar en mil pedazos debido a las extrañas tensiones acumuladas. Con anterioridad, ya había conocido una situación similar en la colonia de Volta, cuando abrí los accesos hasta las minas de oro de Pura, en esas tierras de los gurunsi donde soplaban el sofocante viento *harmattan*... El patriarca osalés me sacó de mis recuerdos africanos en tanto que me impartía una lección de meteorología popular, nada propicia a mis trabajos:

—... además, señor Armand, el tiempo va a ser malo este otoño: el día 4 de enero, que se corresponde con el mes de octubre, llovió en Gabas; y el 5 de enero, que va con noviembre, nevó... Este año, pues, nos toca nieve temprana...

Aquello era un nido de supersticiones peor que el Continente Negro: los montañeses adivinaban el clima que prevalecería mes a mes, en función del que hizo cada jornada a partir del día de Navidad! De cualquier manera, apenas nos quedamos a solas, Poc me anunció que la chica había dispuesto la cena en la cocina, el lugar más caliente de la casa, donde estaríamos muy a gusto. Su evidente sonrisa pícaro me turbó sobremanera; pero eso no era nada comparado con la impresión que estaba a punto de sufrir al tener que enfrentarme, por segunda vez en pocos minutos, con la visión de ese ángel de piel morena y talle de junco llamado María Cristina Abadía...